

**ANA LENA
RIVERA**

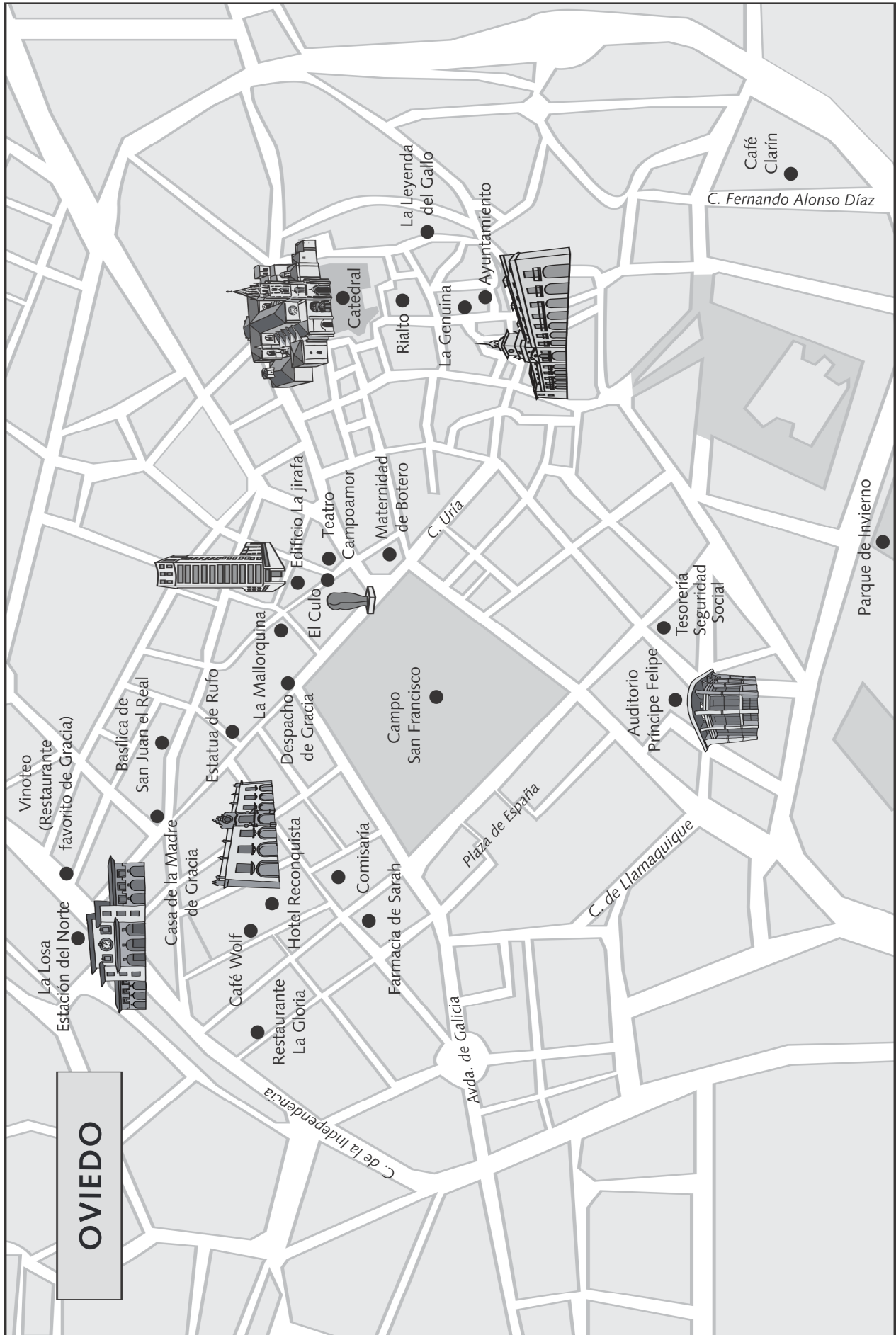
LOS
MUERTOS
NO
SABEN NADAR



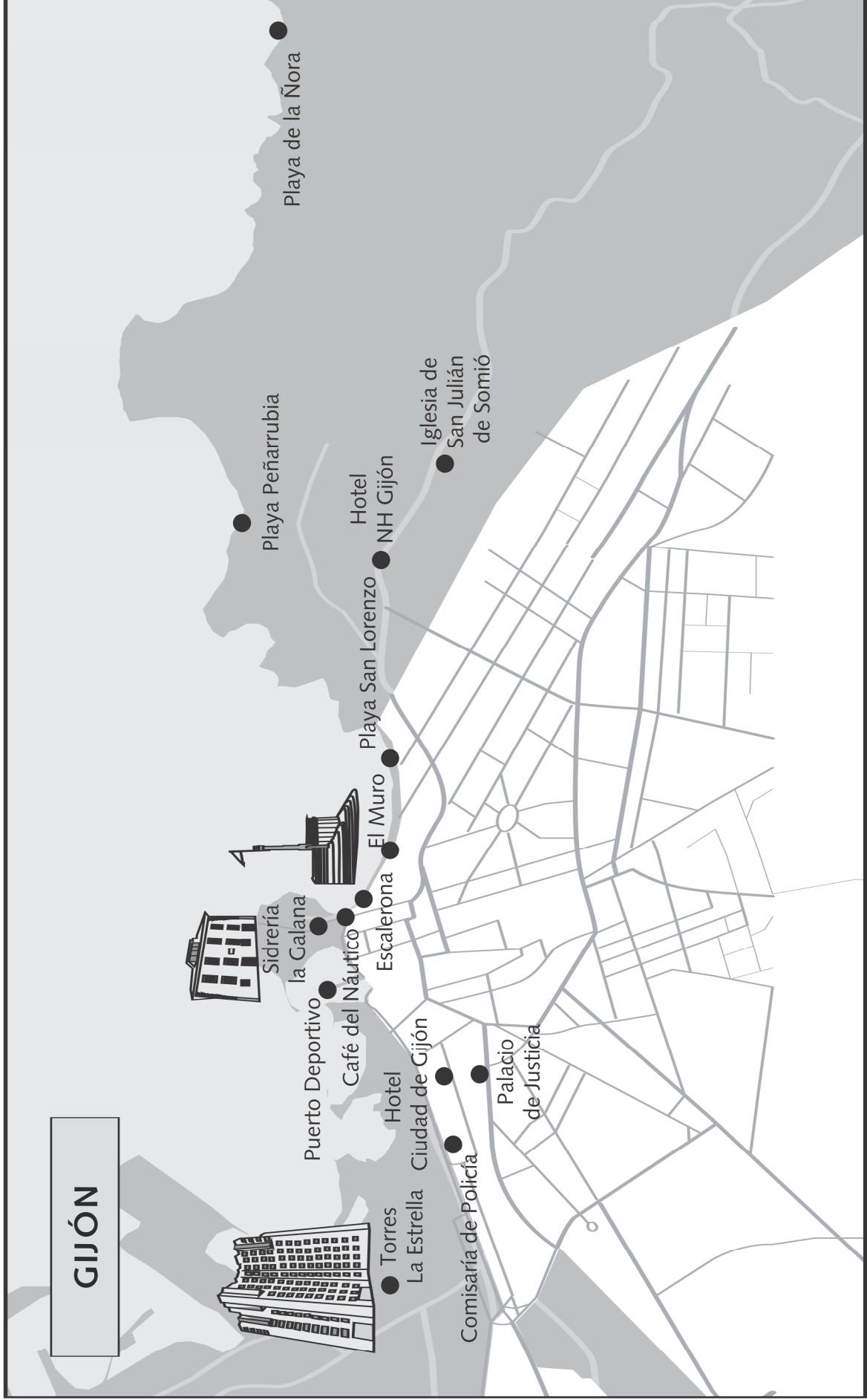
MAEVA | NOIR

*A los que viven la vida en presente porque
no saben si habrá un mañana*

ESCENARIOS DE LA NOVELA



GIJÓN



Sábado, 7 de diciembre de 2019. 10:00.
Playa de San Lorenzo. Gijón

—¡MIRA, PAPÁ! MIRA lo que he encontrado.

—¿Qué es eso, Isma? —preguntó el hombre extrañado al ver a su hijo acercarse con lo que parecía la mano de un maniquí viejo y sucio.

El horror que sintió cuando el pequeño le entregó su recién encontrado tesoro le persiguió durante varios días. Los momentos siguientes se fijaron de manera caótica en su memoria: cómo arrojó el brazo putrefacto de una patada lejos de su hijo, los ojos llorosos de este ante la reacción de su padre, la confusa llamada a emergencias, la carrera desenfrenada y torpe por la arena con el niño en brazos, la cara de los agentes cuando les explicó que había dejado un brazo humano en la playa, el traslado a comisaría para tomarles declaración después de examinar el brazo y de permitirles recoger su pelota abandonada.

A Ismael, en cambio, la visita a la comisaría con todos aquellos policías alrededor le compensó con creces la pérdida de su hallazgo. Los agentes se interesaban en su historia, tuvo que repetirla varias veces, hasta le dieron gominolas y un batido de chocolate. Su padre le permitió tomárselo todo y le prometió llevarle esa tarde a darle la carta a Papá Noel. Fue uno de los días más geniales de su vida.

—Entonces —quiso confirmar el agente de policía con el pequeño Ismael—, ¿no encontraste el brazo en la orilla?

—No, estaba escondido en mi agujero del muro. Siempre dejo allí las conchas que cojo.

—¿Cuándo fue la última vez que dejaste conchas en tu agujero del muro?

—El último domingo que estuve con papá. Si hace bueno bajamos a jugar al fútbol a la playa.

—¿Y eso cuándo fue exactamente? —preguntó el policía mirando al adulto.

—Hace dos semanas —respondió Julio, el padre de Ismael—. Mi mujer y yo estamos divorciados, paso con Isma un fin de semana de cada dos. Si no llueve y hay marea baja nos gusta jugar al fútbol en la arena. Ismael tiene la ilusión de que le fiche el Real Madrid, ¿sabe usted? Está en la escuela de fútbol del Sporting.

—¿Dónde estaba usted cuando su hijo encontró el brazo?

—Le estaba esperando en la zona húmeda. Si la arena está seca no se puede jugar bien. Isma fue a revisar el agujero del muro. Le gusta recoger conchas y meterlas dentro. Siempre que bajamos, comprueba si todavía están allí. A veces las encuentra y otras no.

Después de hacerles algunas preguntas de rutina y tomarles los datos los dejaron ir, no sin antes dar las gracias a Ismael y nombrarle miembro honorífico de la policía de Gijón en una ceremonia improvisada que hizo las delicias del niño.

«Espero que esto no me cueste un disgusto con mi ex», pensó Julio cuando iban para casa. Todavía sentía el estómago un poco revuelto.

1

Sábado, 7 de diciembre de 2019. 21:00

MARIO MENÉNDEZ TAPIA, jefe de policía del Principado, encendió un puro sentado en el sillón orejero de su salón y miró a los turistas que caminaban por la calle, en pleno casco histórico de Oviedo, en busca de un restaurante para cenar. Menéndez fumaba de tanto en tanto, resto de un hábito que intentó asumir como propio cuando los hombres muy hombres fumaban, y más si eran tipos duros como los policías. De aquella no llegó a conseguir que el tabaco le enganchara del todo. En cambio, cuando llegó el momento en el que las fotos de pulmones podridos por la nicotina sustituyeron a las del vaquero de Marlboro, el hábito no arraigado se negó a abandonarle. El cerebro humano, como la vida, era caprichoso. Mario era un hombre de principios, satisfecho con su trabajo, a pesar de los treinta años que llevaba dedicado al Cuerpo de Policía, y firme creyente de que la labor policial era vital para la sociedad. Policías, médicos y profesores eran, en su opinión, los pilares básicos de la humanidad, los que conseguían que la sociedad siguiera funcionando y que el mundo fuera cada día mejor. Con semejante visión de la vida y de su profesión, recuperaba en los integrantes del cuerpo la ilusión infantil que los había llevado a ser policías. Sin familia directa, y sin más aficiones que cantar en el Coro Vetusta, con el que incluso había grabado un disco, dedicaba muchas horas al trabajo y exigía lo mismo a sus equipos.

Los primeros análisis del brazo encontrado en la playa de San Lorenzo revelaban que pertenecía a un varón de mediana edad,

y las huellas dactilares correspondían a una persona registrada en la base de datos de la policía: un hombre que había sido detenido por intento de soborno a un funcionario público hacía varios años y por un delito de falsificación de tarjetas de crédito cuando aún estaba en la universidad licenciándose en Ciencias Empresariales. En la actualidad, estaba siendo investigado por una posible estafa piramidal desde la comisaría central de Oviedo. Acababa de hablar con el comisario de Gijón al que correspondía la investigación del brazo hallado en la playa y, preocupado por la situación de la comisaría, con varios inspectores de baja y un repunte del contrabando que entraba por el puerto del Musel, dio una profunda calada a su puro y llamó a Rafael Miralles.

—Rafa, quiero que te encargues de supervisar personalmente el caso del brazo de Santamaría —dijo Mario al comisario de Oviedo en cuanto este respondió al teléfono.

—¿Y Granda? ¿Has hablado con él? —preguntó Miralles refiriéndose al comisario más veterano de Gijón mientras se levantaba de la mesa del comedor, donde se encontraba cenando con su mujer y sus hijas.

—Aún no, pero voy a arreglarlo. Por supuesto, tendrás que trabajar en estrecha colaboración con él y formar un equipo mixto, pero el brazo es tuyo.

—Eso ha sonado raro, Mario —respondió Miralles.

—Pon manos a la obra —ordenó su jefe ignorando la chanza del comisario—. Yo me encargo de que te dejen trabajar; la Judicial de Gijón te lo traspasará de mil amores. Están colapsados y no pueden asumir la desagradable tarea de buscar en el mar un cuerpo que, si tenemos suerte, estará entero sin brazo y, si la tenemos mala, totalmente desmembrado. Lo que más les preocupa es que empiecen a aparecer partes de Alfredo Santamaría por las playas de la región. Menos mal que no estamos en verano. Confiemos en resolverlo pronto y que cuando llegue el buen tiempo se haya olvidado; ningún turista quiere bañarse en

un mar donde aparecen restos humanos. Deberás mantenerlos informados, a ellos y a mí. En todo momento.

—¿Y el juez de Gijón al que corresponde el caso?

—Todavía tengo que hablar con ella. Es una vieja conocida, no pondrá problemas.

—¿Tendremos presupuesto?

—Tendremos presupuesto limitado, como siempre, pero dime qué necesitas y yo me encargaré de conseguirlo. ¿A quién le vas a asignar el caso? Tiene que ser alguien discreto y minucioso.

—Ese es Sarabia —propuso el comisario refiriéndose a Fernando Sarabia, uno de los inspectores jefe más jóvenes y brillantes.

—¿No está con el caso de las agresiones a los mendigos?

—Acaban de empezar y parece violencia pandillera. Es más adecuado para Ramón Cabán, habla con esos niñatos de tú a tú, no sé cuál es más bestia.

—Tu criterio manda, Miralles, asigna a Sarabia. Yo voy a hacer política y a conseguir la pasta. Una cosa más —dijo el jefe de policía cuando el comisario estaba a punto de colgar—. Esa investigadora que hemos contratado...

—¿Sí?

—¿Es buena de verdad?

—¿Lo dudas por algo?

—He tenido que dar muchas explicaciones para dedicar fondos a un experto externo y ahora el caso se complica, ya no es solo una estafa. Hay un muerto y no creo que sea una coincidencia. Después de venderla como si fuera la Sherlock Holmes de las finanzas, si algo sale mal, olvídate de conseguir más partidas especiales en años.

—Soy consciente. Confía en mí.

El comisario colgó el teléfono deseando no equivocarse.

EL INVIERNO ACENTUABA el encanto de las calles de París, decoradas para recibir la Navidad. El frío y la humedad invitaban a

entrar en los cafés, a disfrutar de la excelente cocina autóctona y a pasear abrazados para compartir el calor que emitía nuestro cuerpo.

Rodrigo me había invitado a pasar unos días con él. Tenía un congreso europeo de unificación de normativa sociolaboral. Sonaba muy aburrido, pero no le requería total dedicación. La última vez que estuve en París había sido con Jorge, el que todavía era mi marido. Llevábamos unos meses separados, pero el divorcio todavía no estaba formalizado. Yo no tenía interés en pedírselo ni él parecía tener prisa en solicitarlo. Jorge se había mudado a nuestra antigua casa de Brooklyn Heights, en Nueva York y, a juzgar por las redes sociales, no vivía solo. Desde entonces, únicamente nos habíamos cruzado unos cuantos whatsapp relativos a la venta de nuestra casa de Oviedo. Estábamos rehaciendo nuestra vida por separado.

Esa noche, Rodrigo había escogido el lugar de la cena: Maxim's. Rodrigo era clásico hasta para elegir restaurante y el sitio no me decepcionó. La tarrina de pato con *foie* y trufa negra me hizo sentir un placer que rozaba lo sensual, la pularda estaba exquisita y de postre, muy francés, un plato de quesos me transportó a la campiña, que en mi imaginación olía al aroma dulzón de las vacas, de la leche cuajada y de la hierba húmeda de los pastos.

—¿Sabes, Gracia? —dijo Rodrigo—. No quiero estropear la cena, ni siquiera espero una explicación, pero me gustaría que reflexionaras sobre lo que voy a decirte.

—Vaya, con semejante introducción es difícil esperar algo bueno.

—No es malo. No creo que sea malo.

—Pues dímelo.

—Cuando me llegó la convocatoria del congreso en París, lo primero que pensé fue que vinieras conmigo y traerte aquí, a Maxim's —explicó Rodrigo.

—Y aquí estamos. Es un sitio precioso —le animé a continuar después de unos segundos de silencio.

—Este es el lugar donde hubiera querido pedirte que te casaras conmigo.

Me quedé boquiabierta. La realidad es que teníamos una relación que me hacía sentir bien, pero según la ley todavía tenía un marido y Rodrigo y yo ni siquiera vivíamos juntos, aunque ya nos lo estábamos planteando.

—Pero no puedo hacerlo porque aún estás casada —continuó— y no has dado ningún paso para dejar de estarlo.

—¿Quieres que hablemos de eso ahora?

No podía creer que fuéramos a estropear la cena con un tema tan delicado, en el que ni yo iba a ser sincera ni él comprensivo.

—Solo quería que supieras qué es lo que me gustaría hacer y que pienses en ello.

—Te prometo que lo haré.

—Rafa te está llamando —dijo Rodrigo señalando mi teléfono con gesto de desagrado.

Mi móvil, en modo vibración, encima de la mesa, anunciaba en la pantalla una llamada de Rafa Miralles, el comisario, mi nuevo cliente y marido de Geni, compañera de colegio desde que teníamos cuatro años.

—Seguro que puede esperar —dije ofreciéndome a no responder al teléfono.

—Contesta si quieres. Si es Rafa, será importante.

No supe distinguir si era una ironía o una deferencia por parte de Rodrigo. Por si acaso, decidí no arriesgar. Él no estaba de acuerdo en que aceptara casos derivados por la policía, a pesar de que solo me hicieran encargos de investigaciones de fraudes financieros. Rodrigo estaba convencido de que si venían de la poli eran peligrosos y podía verme involucrada en crímenes mucho más violentos, como ya había ocurrido en una ocasión.

—Muchas gracias, pero los estafadores pueden esperar.

La pantalla por fin se apagó y empecé un discurso que no sabía bien cómo terminar. Los últimos meses con Rodrigo habían sido los únicos en los que había podido sentir algo de paz

después de la muerte de mi hijo Martín, hacía más de dos años. No quería estropearlo.

—Rodrigo, quiero decirte que el tiempo que llevo contigo...

No había terminado la frase cuando un whatsapp de Rafa iluminó de nuevo la pantalla.

«Lláname cuando puedas. El brazo del tipo que estás investigando ha aparecido en la playa de Gijón. La forense calcula que lleva muerto alrededor de un día.»

Antes de asimilar lo que acababa de leer miré a Rodrigo, que tenía los ojos fijos en mi móvil.

—Lo dicho, Rafa puede esperar —aseguré con menos serenidad de la que intenté transmitir con mi tono de voz mientras guardaba el teléfono en el bolso, como si el mensaje hubiera sido uno de tantos que recibía a diario.

—Menos mal que solo ibas a perseguir estafadores, nada de crímenes violentos —ironizó con una sonrisa tensa en la cara.

—¡Que les den! Esta noche es para nosotros.

—¿Vas a ignorar un mensaje... —Rodrigo buscó una palabra que no encontró— ... así? ¿Hacemos como que no pasa nada?

—Sí —afirmé en un vano intento de convencerme de que podría olvidarme del brazo de Alfredo Santamaría.

—¿Y después?

—Después, ¿qué?

—¿Después de esta noche?

—Habrá muchas noches más —respondí con la mejor sonrisa de mi repertorio. Y para confirmarlo añadí—, tantas como tú desees, porque te quiero y me encanta estar aquí contigo.

Rodrigo se relajó, pidió champán y la cena volvió a ser perfecta, aunque no pude dejar de pensar en su propuesta ni en el whatsapp de Rafa.

Rodrigo era, además de mi pareja, mi principal cliente. Representaba a la Seguridad Social. Trabajar como asesora externa para la policía era solo una prueba. Acababan de encargarme mi primer caso con ellos y empezaba regular a juzgar por el mensaje del comisario.

A LAS ONCE de la noche, el comisario Rafael Miralles se encontraba en el despacho de su casa, leyendo la documentación que había recibido de la Judicial de Gijón.

Como ya sabían, las huellas dactilares correspondían a Alfredo Santamaría, hombre de negocios, subastero, agente financiero, significara eso lo que significara, y sospechoso de perpetrar y beneficiarse de una potencial estafa en el sector inmobiliario. El comisario Miralles había solicitado la colaboración de Gracia San Sebastián, una investigadora privada experta en fraudes financieros, proveniente del FiDi de Nueva York, y, después de superar la burocracia y algunas reticencias de diferentes secciones del Cuerpo Nacional de Policía, por fin estaban probando un nuevo modelo de colaboración externa para lidiar con delitos económicos. Cuando les derivaron el caso de la estafa piramidal desde la central de Madrid no dudó en hacerle el encargo a ella. Lo que no esperaba el comisario era que, nada más empezar, apareciera un cadáver. La policía no colaboraba con agentes externos en casos de asesinato y su experiencia le decía que era poco probable que el propietario del brazo lo hubiera perdido de forma accidental. Al menos, estando vivo.

Gracia no respondió al teléfono. Recordó que le había avisado de que el fin de semana no estaría disponible porque se iba a París. Miralles sabía que los últimos años no habían sido buenos para ella, era muy difícil remontar la muerte de un hijo. Él no podía imaginar que le faltase alguna de sus niñas. El marido de Gracia era un tipo excepcional, al que consideraba un amigo, pero el matrimonio no había sobrevivido a la tragedia. Lo habían intentado. Volvieron a España y dejaron sus respectivos trabajos con la intención de empezar de cero, pero la pena no quedó atrás y la desgracia acabó con su relación. Jorge había vuelto a Nueva York y Gracia estaba con un tipo menos encantador que su marido, Rodrigo, un letrado de la Seguridad Social arrogante y con una juventud complicada que lo llevó a pasar seis meses internado en un centro de adicciones después de atropellar y matar a un ciclista mientras conducía bajo los efectos de una mezcla

explosiva de MDMA y cocaína. No se dio a la fuga. A finales de los noventa la policía no usaba test de drogas, solo disponían de alcoholímetros, pero la dilatación de las pupilas fue tan evidente para los agentes que solicitaron la prueba médica. No se negó a hacerla. Tampoco negó haber consumido. Eso y el compromiso propio y de su padre a hacer una larga terapia de rehabilitación convencieron al juez y al fiscal de que no era necesario meterlo en la cárcel.

A Geni le caía bien Rodrigo, aunque su mujer encontraba siempre algo bueno en todo el mundo. Era curioso que ella no le cayera bien a la gente.

Estaba ensimismado en sus pensamientos cuando sonó el teléfono. Era Gracia.

—¿Dónde te has metido? Te he llamado varias veces.

—Ya lo sé, tengo dos minutos, estoy en el baño de un restaurante de París. ¿Qué es eso del brazo de Santamaría?

Miralles le hizo un resumen escueto del hallazgo.

—¿Qué necesitas de mí?

—Quiero revisar contigo los avances que hayas hecho en el análisis de la documentación y el rastreo del dinero. ¿Cuándo vuelves?

—El lunes a media mañana estaré allí. ¿Cómo llegó el brazo al muro del paseo marítimo?

—No lo sabemos y hasta dentro de dos días no tendremos el informe de la autopsia.

—Si necesitas que vuelva mañana en el primer vuelo disponible... —ofreció Gracia.

Miralles estuvo a punto de responderle que sí, pero se contuvo. No era imprescindible estropearle el fin de semana.

—No hace falta, nos vemos el lunes en mi despacho. Avísame cuando aterrices.

—¿HAS HABLADO CON Rafa? —preguntó Rodrigo en cuanto me senté a la mesa después de mi visita al baño del restaurante.

—Sí —confesé—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque llevas con su mensaje en la cabeza desde que lo has leído.

—Quizá estuviera pensando en tu propuesta.

—No era una propuesta. Podía haberlo sido, pero no lo es. El caso es que no estabas pensando en nuestra conversación, sino en el brazo que ha aparecido en la playa.

—Reconocerás que es un suceso extraño.

—Lo único que reconozco es que estoy con una mujer a la que le interesa más husmear en asuntos truculentos que yo.

—Rodrigo, esto no es una competición. Es un hecho inesperado que me ha despertado la curiosidad y que afecta de lleno a mi trabajo. Eso no disminuye ni un poquito mi interés por ti.

Le decía la verdad, pero me hizo dudar y me pregunté si me habría perturbado tanto el mensaje de Rafa si en vez de con Rodrigo hubiera estado con Jorge en París en la época en la que nuestro matrimonio iba viento en popa. Preferí pensar que sí.

De vuelta en el hotel, la noche con Rodrigo volvió a ser tan romántica como prometía, pero en cuanto se quedó dormido, abrí mi portátil y empecé a repasar los datos de la estafa perpetrada por Alfredo Santamaría. El sueño me venció a las seis de la mañana, después de llegar a la conclusión de que más me valía cuidar a Rodrigo. No era un buen momento para perder nada más.

14 de febrero de 2019. San Valentín

DESPUÉS DE UN día soleado, el tiempo se cansó de respetar a las parejas de enamorados y la noche de San Valentín se tornó despacible en Gijón. La niebla estaba tan baja que humedecía el asfalto e impedía la visión. Jacobo Hernández Cubillos mantenía su Honda CB a baja velocidad, pegada al arcén derecho de la carretera que subía hacia los chalets que ocupaban la parte alta del barrio de Somió. Había invitado a cenar a su novia en el barrio de Cimadevilla, cena romántica para dos y copa rápida en un bar de moda para dejarla en casa antes de las doce. Después continuaría un par de kilómetros más hasta la casa en la que vivía con su madre y la familia para la que trabajaba. Notó que Arantza soltaba el brazo con el que le ceñía la cintura, el mismo cuya mano aferraba la cajita en forma de corazón con el colgante de plata que le había regalado después del postre. Fue precisamente con el estuche de la joyería con lo que Arantza le dio unos golpecitos en el hombro. La oyó a través del casco y por encima del ruido del motor de su Honda, que se quejaba de una lentitud para la que no estaba diseñada.

—Jacobó, déjame aquí —le pidió Arantza cuando estaban a una distancia prudencial de su casa—. Ya sabes que no quiero que mis padres me vean contigo.

Jacóbo no hizo caso de las instrucciones de su novia. Estaban a trescientos metros de la entrada y no quería dejarla allí sola, de noche y con aquella niebla. Ya hacía un par de kilómetros que la amplia acera que bordeaba la AS-247, más conocida como la carretera de Piles al Infanzón, había desaparecido. No había avanzado

ni cincuenta metros cuando Arantza le dio un pellizco en la cintura. Le retorció con fuerza la piel y le gritó:

—Jacobó, frena de una vez.

Él paró la moto en el arcén y se levantó la visera del Shoei último modelo que la jefa de su madre le había regalado por su cumpleaños. Ella se quitó el suyo y se sacudió la melena.

—Joder, Arantza, ¡qué daño! Estoy hasta los huevos de esconderme de tus padres. No pienso dejarte aquí en medio con esta niebla. No se ve una mierda, es imposible que nos vean llegar desde la ventana.

—Jacobó, me bajo.

—Al menos deja que te siga con la moto para asegurarme de que llegas bien a casa.

—¡Que no! Por favor, vete. Tú no conoces a mi padre. Como se entere de que salgo con el sobrino de la asistenta que, además, ya ha terminado la universidad, me encierra hasta que cumpla los treinta. Y a ti te denuncia. Dice que no ha trabajado toda la vida como un mulo para ver cómo destrozamos nuestras vidas tomando decisiones equivocadas. Es un capullo integral.

—Pues algún día tendrá que enterarse porque yo voy en serio y no entiendo qué tiene de malo ser el sobrino de la asistenta que os ha criado a vosotras. ¿Mi tía es buena para cuidar de sus hijas, pero no es buena para ser la tía de su yerno? Además, en cuanto termine las prácticas del máster voy a tener un buen trabajo. Ya sabes lo que me han dicho los de recursos humanos: si sigo así me van a hacer una oferta para quedarme en Arcelor. Y yo voy a darlo todo. Verás como entonces tu padre se mete por el culo todo lo que piense de mí.

—Cuando cumpla los dieciocho, te prometo que se lo cuento. Ten paciencia, solo quedan dos meses. Y si entonces no lo acepta, me iré de casa y viviremos juntos en cuanto tú empieces a trabajar. Pero ahora, por favor, vete.

A regañadientes, Jacobó arrancó la moto y dejó allí a su jovencísima novia a cambio de la promesa de que le escribiría un whatsapp nada más llegar a casa. Como todas las noches que

habían salido juntos. Vio como empezaba a caminar por el borde de la carretera y esa fue la última imagen que tuvo de ella. La misma que recordaba cada noche. Cada despertar. Si no la hubiera dejado allí, Arantza seguiría viva.